

EL IDIOMA DE UN ARGENTINO

La guerra gaucha, de Leopoldo Lugones

No se presta acaso en España toda la atención que merece al esfuerzo literario americano actual. Quejémonos a veces de que en América se lean pocas obras españolas; pero ¡con cuánto mayor motivo podríanse quejar los americanos de que algunos de sus mejores escritores sean completamente desconocidos en España! Hace dos años apenas conocía yo de Leopoldo Lugones otra cosa que el nombre y algún trozo de Antología. Cuando publiqué mis *Nuevos derroteros del idioma*, ni siquiera pude citarlo por no haber podido leer aún nada suyo.

Hace algún tiempo conseguí, por mediación de un amigo, una de las mejores obras de Lugones, *Guerra gaucha*, y tan honda impresión me ha causado que no puedo resistir al deseo de publicar un análisis de lo mucho que he podido encontrar en este libro.

No lo criticaré desde el punto de vista puramente literario, sino desde el filológico, o mejor dicho, lexicográfico. Sin embargo, debo consignar que se trata de una obra de grandísimo valor. *Guerra gaucha* es una serie de novelas cortas, de cuentos, relativos todos a la guerra de la Independencia. Escrita por un americano, se observa acaso con demasiada frecuencia la simpatía por el "patriota" y aun por el indio, y un rencor algo anacrónico hacia el español, el "maturrango". Pero el relato es tan vivo, el interés que despierta es tan intenso, las descripciones son tan bellas, que fácilmente se le perdona el cosquilleo desagradable que

puedan producir ciertos episodios en el amor propio nacional. Hay en el libro cuadros de perfección absoluta, como los titulados *Alerta, Baile, Un lazo, Dianas...* El final de *Al rastro* es sublime.

Un gaucho, habiendo rastreado el paso de una partida de realistas, ataca, con cuatro compañeros, el campamento español. Después de haber incendiado el parque de la artillería, sus cuatro compañeros huyen con los bagajes del ejército, y nuestro gaucho, quedándose "a ver la chamusquina pa contarles", arremete cuatro veces solo, sable en mano, por entre los realistas, hasta que cae al fin acribillado de heridas.

Y mientras el vencido, acurrucado en el suelo, se desangra lentamente, el Coronel le interroga:

—¿Entonces, tú sólo...?

—Solito, coronel

—¡No mientas!

Los hilos rojos que corrían por su frente trocáronse en dos cascadas; sus costillares se combaron, y, sin hallar respuesta, se amorrió, gruñendo entre la sangre un; Viva la Patria!

Nadie alzaba tampoco la cabeza. El reo movía distraído sus pies, por entre cuyos dedos regurgitaba un sangriento lodo. Ahora nauseaba un poco y vagos escalofríos sacudíanle las quijadas. El jefe, casi en secreto, y sin advertir que ya no le tuteaba, reprochó:

—¿Qué sabe usted de Patria?...

El herido le miró en silencio, tendió el brazo hacia el horizonte y bajo su dedo quedaron las montañas, los campos, los ríos, el país que la montonera atrincheraba con sus pechos, el mar tal vez, un trozo de noche... El dedo se levantó en seguida, apuntó a las alturas, permaneció así, recto, bajo una estrella...

El asunto del libro es hermoso, el estilo es poderoso, su colorido es enorme, casi demasiado fuerte, con esa exageración que suelen alentar los climas americanos. Hay lindísimas figuras aquí y allá:

La siesta ardía como una roncha en el ambiente (64). Crudamente lavado por el sol, el paisaje se descoloraba en una tremulación de vidrio neutro (64). Y sólo el mayor silencio advirtió que andaba gente en el bosque (66). La humareda acuchillada de fognazos (70). Escurríase una comadreja en merodeo con la suavidad de una tira de faya (114). Una nube montaba el horizonte color de grafito, que festoneaban rizos de sol (163). Con brusco mugido la ventolera descendió, girando como un trompo demen-
te (323).

He aquí una descripción de tempestad :

La borrasca crecía, asumiendo una tétrica solemnidad. Ya no quedaba en el sur invadido sino una faja celeste. El toldo de la tempestad se imbricaba denunciando granizo: el cielo descendía en masa sobre las cumbres, cual un golfo de algodón, y aquellos vapores disolvían en impermeable obscuridad el horizonte. De tal tiniebla, barcinada por cuprosos jaspes, desprendióse un copo blanco, análogo al humo de una reventazón. Ahora ya no había cielo; sólo masas informes de luz siniestra y de obscuridad, confusamente rodadas sobre los campos. Ruidos inmensos llenaban el ámbito de la tormenta. Transcurrió un instante de inquietud. Todavía silbaron en las cañadas algunas perdices. Emigraron en la punta del viento, que se iniciaba desordenando nubes, bandadas de pájaros. La obscuridad del fondo se ahumó, adquiriendo un tono leonado; abrióse ya muy cercana y sobrevino una palidez verdosa que absorbió la perspectiva. Un trazo de llama caligratió energícamente la nube, detonando poco después a la distancia como el barquinazo de una carreta colosal.

Ralas gotas aplastáronse en el suelo con golpe mate, como pesetas. El aguacero ocultaba ya las circunstantes lomas. Una larga bruma se desgredió en el cielo; soplos de huracán bascularon la selva; las frondas más altas esbozaron saludos. Nuevos relámpagos encendieron sus flámulas. Las gotas trotaron con mayor presura. El rumor del chubasco se alzaba a rugido, y por instantes, sobre ese borborismo de caldera, precipitábanse a la brusca desmesuradas carambolas. Agujereando los ramajes, el viento se atornillaba en expansión ciclónica, barrenaba los árboles entre resoplidos de órgano. El vientre de la tempestad ensangrentábase de tajos. Una trama de noche y agua diluvial envolvía el comienzo de la refriega. (34-35.)

Colorista sincero, no retrocede Lugones ante ninguna figura, con tal que sea exacta. Llevalo esto a veces a un realismo atrevido, que al pronto nos choca, pero que a la reflexión no podemos menos de aceptar :

El sol, como una oblea carmín (18); chales de lluvia azotábanse sobre la fronda (39); los vapores engrosábanse de abajo, fundiéndose en una inflación de algodones (164); escarcearon las ondas rebullidas en un ombligo de espuma (221); una claridad de lila sedosa con esfumaciones azulinas que anaranjaba la herbácea amarillez del suelo (395); el cielo descendía cual un golfo de algodón (34); el arroyo sonoro cual un derrumbe de quincalla (42); exaltábase el esplendor, opalizándose en trémulas ternuras de cuajada (116); algunos rostros, amarilleando sus pómulos como talones de difuntos (155); el sol poniente aclaraba su horizonte con un matiz de hiel (157); la nube formaba un telón de seda

malva, donde efundía la luz pulverizaciones de azafrán (297); cloqueaban las charatas, fingiendo con sus gritos roldanas en acción (379).

Manifiesta Lugones afición a las evocaciones anatómicas:

Aquellos florones con su carnación de aponeurosis (42); las flores del ceibo purpureaban con una carnalidad de mucosas (65); la cara, al manirse, profundizaba un fruncimiento superciliar de muñeco lúgubre bajo el clarín de su gorra (75); una tripa de arrope se metía por entre dos cadáveres (83).

Abundan igualmente las comparaciones minerales:

La superficie, en tersura de lastra especular, azogábase en una interna coloración de teja fundida (151); empañado por la tarde como una cinta de magnesio el río (284); el matiz tornábase violeta, ligeramente enturbiado por un sudor de cinc (19); un trozo de arco iris en refulgencia de azarcón (44); las nubes pasaban del gris torcaz al blanco de magnesia (116); untadas de oro a trechos o sopladas de bermellón las nubes (180); atersaba en impermeabilidad de cinc un trozo de horizonte (262).

Sin embargo, algunas figuras me desagradan por la vulgaridad del símil:

Como vientres de tinaja los semblantes (12); su rostro se desvaía con la impasibilidad de un mueble (37); como dorada velutina lloviznaba un polvo acuoso (43); diluía en agua de arroz el ampo de los cúmulos (43); su faz leñosa llenábase de arrugas concéntricas como un sirle (61); su nariz oleosa, las hileras de poros partidos que subcercaban sus órbitas (92); sus labios, que las canas con menudo brote exasperaban como hojas de melonar (113); en un ataúd de cristales venía el nazareno, con su albuminoso color livideciendo en excesiva cianosis (332); los ojos, nariz y boca, semejantes a tajitos sobre la comba de un melón (374); pared estriada por las erosiones en forma de astillas de canela (216); el animal cuyo ojo se vitrificaba con opacidades de lustrina (259); su rostro congelado por la mueca, semejaba un higo en el cual revolvía su mucosa la jeta (213); las tripas de fraile (una planta) alegraban tuberculosos leños con sus auriculares espiras pintadas a la acuarela (166); arriba, en pulpas de tomate, rielaba la nube sobre oropeles su bermellón (142).

Pero, cuestión de gusto personal aparte, es innegable que aun estas figuras que critico son exactísimas.

Junto a este derroche de color, campea una riqueza de vocabulario que fué lo primero que me sedujo en el libro. Mil setecientas papeletas de voces no incluidas en el Diccionario he sacado de la *Guerra gaucha*. Y no vaya a creerse que se trate sólo de neologismos, de palabras inventadas por capricho. Lugones, argentino, conoce el Diccionario mejor que muchísimos escritores peninsulares. Sabe encontrar en él infinidad de voces que apenas leemos hoy en obras españolas. Al azar de la lectura he apuntado algunas, que figuran en el Diccionario de la Academia, que han sido usuales en otro tiempo y que aun hoy día suelen persistir muy vivas en nuestras provincias. Tales son: llambria (25), crispido (25), argayo (27), barquinazo (35), presura (35), hilos charros (36), rotar (39), estridor (41), mambla (43), bocezar (44), azarcón (44), almofrej (53), angurria (55), escansión (59), tentlear (66), sofaldarse (76), angaripolas (76), arrequive (90), ululato (96), fruír (102), alcancnías (103), esquilimoso (104), lauto (104), gálea (105), alfar (106), entenado (120), bribar (120), leudar (124), viaraza (133), tozudo (135), candonguear (136), morisqueta (140), changuí (141), alebronzarse (142), embalse (147), ensofarse (149), lastra (151), cornero (154), guirindola (154), griñón (156), leleo (156), rehilo (157), loriga (157), acipado (157), carlancona (158), matraqueo (158), ganguear (164), alhara-ca (166), hornaza (170), atabalear (175), enlabiar (187), entecado (193), al estricote (197), helgado (204), sacudón (205), entele-rido (205), cintarear (210), arruar (211), amuchiguamiento (211), sahornado (212), chamorro (213), rusiente (214), gratar (215), fisgar (216), alcor (216), esguazo (219), tarascar (219), enguiz-gar (219), sablón (219), desacerbar (225), mulso (226), jin-glar (227), huchear (233), fonge (233), cepellón (236), dilucu-la (236), sobrecama (245), bisbisar (248), a rodo (252), desbra-zarse (253), triza (254), barulé (254), zurear (254), socarrar (262), canequí (264), jirel (264), anascote (265), quereza (266), guacha-pear (275), sedar (284), congosto (286), traquido (288), ba-que (289), galga (289), antruejar (294), traquear (304), ba-rrear (305), encaro (308), rehollar (309), cellisquear (315), la-

ja (315), chiflar (319), ángaro (321), terliz (321), envero (322), aporrarse (322), perillán (323), dengue (324), apelde (330), tremolina (331), gallofear (331), sobrenazo (333), caliche (336), galayo (348), acuciar (349), buitrón (349), leudo (353), enquillotrado (353), bausán (367), guirigay (377).

Pero al lado de estas voces, que muchos lectores españoles acaso tengan que buscar en el Diccionario, ¡cuántas otras hay que no figuran en nuestro repertorio oficial de la lengua! Hay páginas donde se hallan hasta quince palabras ausentes del Diccionario. En media página (36) hay diez voces o acepciones.

Su melenita *tusada* en *cerquillo* le *cimbraba* sobre las cejas. Cariam-pollado y un tanto *prógnata*, este rasgo le *asemejaba* vagamente a un lebrato y sus ojos los negreaban como granos de *piquillín*. Traía arañadas las piernas, encostradas las manos, pues al llamarle su abuela encontrábase junto al arroyo, moldeando en la arena húmeda un hornito sobre su pie. El viento se colaba por su camisa, cuya falda pendía fuera del calzón atado en *bandolera*. Entró a la cabaña con la mujer cuando el granizo lapidaba ya con fuerza. La *acantaleada quinchá* rezumaba adentro en largas goteras, trepidando con temeroso rumor bajo aquel *crústico* bombardeo. Por suerte el vendaval *refiloneaba* apenas a la casucha con su potente verberación."

Naturalmente, en las descripciones de cosas americanas abundan estas palabras. Véase la siguiente linda descripción de una selva:

En puro azul los *jacarandaes*, los *lapachos* en ramilletes rosa, en borra dorada los *garabatos*, fingía su florescencia primaveral zarzas y felpas. Algunos ya con su traje de estío esponjaban verdores profundos, *trasudaban* otros su resina. destacábanse entre aquella vegetación las *breas*, *satinados* de verde sus troncos *glabros*. Con esbeltez de cucaña lanzábanse los *cebiles*; los cedros tendían como nadadores brazos gigantescos a través de la maraña; los nogales como que protegían con doméstica paternidad, y los *palos santos* recelaban en su corazón fragancia y fortaleza. Aquí y allá un *palo borracho* de tronco oval, que al parecer tachonaban pernos, exponía al sol sus florones crema. Algún quebracho pregonaba *corajudas* longevidades, tenacidad de fibras cauterizadas por tanino, como jamón magro. Las flores del ceibo purpureaban con una *carnalidad* de mucosas. El tronco de laurel aderezado de caballete desaparecía casi bajo un ropón de enredaderas, por entre cuyos resquicios se agrietaba su fórró *paquidérmico*; parecía una madrepora constelada aquí y allá por el *azuloso* lucero de las pasionarias. (65)

Como puede verse por estas dos muestras, el millar y medio de palabras no incluidas en el Diccionario de la Academia,

que encontramos en este libro, no son palabras inventadas a capricho. Fuera de contados neologismos personales, son palabras que se usan, que forman parte del vocabulario argentino actual y en muchos casos del vocabulario español. Voy a intentar su clasificación.

Ante el enorme montón de papeletas que tengo delante, la única ordenación que me parece posible es el examen sucesivo de las diversas partes de la oración y, para cada una de éstas, la agrupación de las voces según la terminación. En cada una de estas subdivisiones irán mezclados a veces neologismos, arcaísmos y palabras corrientísimas que por olvido no figuran en los diccionarios. Al lector toca el hacer la distinción entre unas y otras. Tampoco significa el que apunte una palabra que la admita como buena. Sólo he querido hacer aquí un análisis bastante completo de los elementos que componen uno de los aspectos del argentino literario actual.

Entre los substantivos de tipo castellano encontramos cierto número que son perfectamente españoles: les desplazaba el espinazo con *ajustes* de torniquetes, 267; araba el peligro en *amelgas* tan profundas, 20, que nos choca si sólo atendemos a la def. de Acad., pero en Terreros leemos: Amelgar, ir formando los sulcos; esfoliaciones de *argirosa*, 316; en su *ataúd* de cristales venía el nazareno, 352; una arboleda hacia el fondo del valle, y sobre la *barranca*, acurrucado, un hombre, 209, acepción contraria a la que nos hemos formado de barranca, barranco, pero que fué excelente antaño, como lo prueba Cuervo, *Apuntaciones*, § 702, con citas antiguas: “despeñar a uno de un barranco” (Cervantes, *Quijote*, I, cap. 28); “acanalado entre barrancas muy altas” (Mariana, *Hist. de España*, lib. VI, cap. 14); yo mismo he leído la acepción ésta en el *Anuario* de Bailly-Bailliére, en la descripción que va al principio de las Islas Canarias. Esclavina y delantal policromado por *bastones* de tapicería, 265, no es muy feliz, pero tan español como argentino; lo mismo diré de: sus labios de *bermejor* desbordante, 182; las muchachas muy graves en la *blandicia* del paso, 75; sólo el *bufido* de las bestias predecía, no siempre a tiempo, el tembladal, 210, que no concuerda con la def. de Acad., que exi-

ge “ira y furor”, pero sí con la de Terreros, “acto de bufar, lo mismo que soplo”. Rústicas Magdalenas coronadas de *cactus*, 332; el herido decía bien en qué *carnaduras* arraigaba aquella insurrección, 309; distinguiéndose sobre ese fondo las leñas como venas de *caromomia*, 337, por el color usado en pintura con este nombre (no Acad.), es español. *Casorio*, tratándose de una boda que fué sonada, 123, es por lo menos andaluz (V. mis *Voces and.*), en Acad., es el casamiento sin juicio o consideración, o de poco lucimiento; el jefe realista decidió un *contragolpe*, 336, está en Acad., sólo en el sentido medical; *Costra láctea*, 213; las llamas erizaban su trémula *crestería*, 303; el sol desollaba la roca en *crudezas* multicolores, 316; los *Cuasimodos*, que constituían el cumpleaños de la ciudad, 328, son muy castizos. Cesó el *chirrió* de los insectos, 174, es barbarismo para cierto autor que reserva chirrió para los carros y chirrido para los demás ruidos desapacibles; un *derrunbe* de arena, 33, es extensión de la def. académica. *Desborde*, 150, por desbordamiento, es bueno; dejáronle, pues, aquella capitania, sin conferirle *despachos*, aunque sin desconocérsela tampoco, 57, se explica con la def. de Terreros: acto expedido por el Rey en el cual se concede a alguna esta o la otra gracia. fr. *brevet*”; aquel *cnfaldo* de monte, 349; el *entripado*, 261, por conjunto de tripas; *escaldadura*, por resquemor, 271; un *escenario* de humaredas y galopes, 270, son extensiones de sentido españolas.

Los *esteros* mentían firmeza con su piel de llama, 210, se explica muy bien con los ejemplos dados en mi *Reivindicación de americanismos*; *fuego de bengala*, por *luz de bengala*, es galicismo que se oye tb. en España, 152; para dar con los *ganados* inhallables, 211, choca con la idea que hoy nos formamos de ganado (fr. *bétail*); Terreros define por el fr. *troupeau*, rebaño. Se armaría la *gorda*, 174, es muy usual; *guerrillera*, por mujer que anda en una guerrilla, 267, se usará lo mismo en España; *hacienda*, por ganado, 175, 104, es salmantino (V. mi *Reivindicación de americanismos*); fullero *sin hiel*, 354, es modismo que usamos corrientemente (V. en Acad.: Paloma sin hiel). *Hijo de una!*, 63; *jo' e pucha*, 311, son antiguos españoles. En Colombia se usa hi juna pucha!, según Cuervo, § 672, que nos recuerda que Lucas Fernández dice hi de pucha (*Farsas*,

147, *R. Hisp.*, IX, p. 283). *Ignaciana*, 366, uno de los ejercicios del doctorado; los follajes *orvallados* desmenuzaban *iris*, 395, *mazacote* de coágulos, 361, son españoles. ¡Ah *jaca* viejo!, 270, dicho de un gallo de pelea, es español. En la *Moruchita*, de A. Reyes, p. 1, leo: "Salieron del refidero de gallos orgullosos de los triunfos conquistados por sus respectivas jacas." Tb. es de Murcia (Sevilla). *Mandil*, parte del aparejo del caballo, 104, se usa en Andalucía (Rueda, *Reja*, 170) *morocha*, por muchacha, 77, viene a ser la "morucha" andaluza (Reyes, *Moruchita*). *Mosquetaria* por fuego de mosquetes, 305, es bueno; *multiplicio*, por época de la procreación, 218, es neologismo poco feliz; *narigal*, por ventana de la nariz, 58, 244, está en Terreros; entripado con sus *nódulos* en humedades lilas, 216; providenciaba *noviazgos*, 90 (ac. dif. de Acad.); *parténica*, por uno de los ejercicios del doctorado, 366; son aceptables. Administrado con maña hacendosa su *pasar*, 181, es extensión de sent. acad.; su reciente *pelecha*, 137, es andaluz (Quintero, *Buena sombra*, VIII), y murciano (Sevilla). *Picazo*, por color de caballo, 136, 264 es antiguo en español; el señor Cotarelo ha dado numerosos ejemplos en el B. A. E.; Terreros trae la voz en el art. Caballo. *El plan* del derrumbadero, 24, significa pendiente o superficie; *plúmulas* de llama, 303, son español nuevo. Ahuecose en el giro la *pollera* de la amazona, 105, es andaluz, como lo expongo en *Reivindicación de americanismos*; *pregusto*, por gusto anticipado, 357, 140, es español. El brebaje indígena *daba punto* y la muchacha era docta en ello, 77, no está en Acad., pero en Terreros hallo: "también dicen no dar el punto cuando cuece el almíbar menos de lo que debía, y lo mismo se dice en otras oficinas, como Boticas." *Puño*, por muñeca, 90, me chocaba; pero en Terreros leo: "Puño de la mano, muñeca." *Ranchería* por casa, rancho, 80, es diferente de Acad. (conjunto de ranchos), pero coincide con Terreros: "paraje o casa en que se junta la gente de un rancho, Fr. *cabane, chaumière, maisonnette*". Un *relente* empañado de violeta exhalábase de la montaña (por la mañana), 337, es dif. en Acad., pero no en Terreros: "rocío que cae en agosto con el aire solano"; *remembranza*, 185, es español renovado; un copo blanco semejante al humo de una *reventazón*, 34, es en Terreros: «rompimiento o abertura que se hace en el

mar o en la tierra» (Cf. Acad.); plúmulas de llama que se retorcían al aire como esquilados *ruhos*, 303, español es. *Sallivajo*, 196, es andaluz (Rueda, *Reja*, 100) y murciano (Sevilla). El *sobreveniente* habló sin apearse, 271, es neologismo. *Solideo*, 265, en individuo no eclesiástico, está de acuerdo con la def. de Terreros: gorro pequeño que cubre lo más alto de la cabeza. *Tabardillo*, por insulación, 201, está en F. Caballero (Elia, 75), tb. se usa en Venez. (Picón Febres). *Tapial*, por tapia, 336, es de toda América (Membreño, Tobar, Amunátegui Reyes, con cita de Jovellanos). Yo tengo otra de Ganimet, *Granada*, 102. *Tirria*, 133, por odio mortal, dif. de Acad., coincide con Terreros: "rencor, ojeriza, ira oculta o inveterada"; un *torzal* de pabulo suplía de antorcha, 308, no concuerda con la def. de Acad., pero sí con la de Terreros: "cordoncillo hecho de hilos retorcidos; por la semejanza le dicen de otras cosas"; *truhanería*, 92; es bueno; *velorio*, por velatorio, 120, es americano general (Tobar, Febres, Cuervo, Pichardo, Batres, Palma) y andaluz (*Tradiciones españolas*, I, 94); un profundo *violeta* aterciopelaba la serranía, 283, es neologismo español.

Entre los derivados en CIÓN los hay excelentes como *carneación*, 42; *corporización*, 378; *crispación*, 317, 138, 260; *esfumación*, 284, 164, 395, 33; una especie de rotunda *guturación*, 273; *imbricación*, 180; *paralización*, 77, 316; un telón de seda malva, donde efundía la luz *pulverizaciones* de azafrán, 297; *sulfuración*, 316; *suspición*, 296, anticuado en Acad., pero muy utilizable; *tremulación*, 64, 80.

Menos felices me parecen: la *adumbración* del rancho, 183; la *angelización* de un niño muerto, 75; un percance con *circunflexiones* de aventura, 331; *dormición*, 347; la etérea *inhebración* de las alturas, 377; la *junción* de otros cinco (destacamentos), 299; aventar sobre el sacrilegio su *prorrupción* de trompetas, 206.

Los derivados en ENCIA no son muchos: *clarovidencia*, 70; *evanescencia*, 391; *flamescencia*, 180; *pulverulencia*, 220, 395; *suculencia*, 138, 103; *surgencia*, 304, 215, no han de desagradar a ningún oído peninsular. Su risa en *frecuencia* eterna, 234, me sorprende algo.

Algunos derivados hay en MIENTO. No son muy útiles que digamos *descuajamiento*, 159; *desflocamiento*, 337; *desgranamiento*, 225; *desmelenamiento*, 176; *desperezamiento*, 180; *esponjamiento*, 383, a los que prefiero los derivados más cortos: descuaje, desfleco, desgrane, desperezo, esponje. No me satisface mucho: enhetrábase la masiega en un *amuchiguamiento* capilar, 211. En cuanto a *tiritamiento*, 236, 85; *topamiento*, 259, aunque ant. en Acad.; la malicia de su *traspensamiento*, 127, me desagradan.

Suelen ser interesantes los derivados en DAD. Hallamos en el libro: *carnalidad*, 65; *irrealidad*, 255; *luminosidad*, 169, 263, de los que sólo puede decirse que sorprende no hallarlos en el Diccionario. Le había invitado, con *volubilidad* que enmascaraba inquietudes, 94, aunque galicismo, no me disgusta. Menos feliz me parece: tal soto profundizaba *intimididades* de salón en fresura de vergel, 166.

Hay excelentes derivados en EO: un *abejeo* de ideas, 312; *balbuceo*, 337; *bisbiseo* de latines, 333; *bordoneo*, 121; *cascaoeleo*, 267; *coscojeo*, 266; *chapoteo*, 45; *chispeo*, 26, 138; *forrajear*, 138, 336; *mariposeo*, 308; *palabreo*, 173, 133; *parloteo*, 328; *revoleo*, 304, 82, 279; *rumoreo*, 211; *serpenteo*, 358, tan españoles como argentinos. No diré lo mismo de: convoyando un *arreo* esquilmado (una recua), 147; *faldeo*, por falda de montaña, 43, 19, 347, 294; ordeñaban personalmente su *rodeo* (ganado), 104; un *leleo* de niño (media lengua, tartamudeo), 156.

Concluyen en ADA diversos grupos de palabras. Unas son simples hispanismos: *canallada*, 371; *clarinada*, 28 (en Acad., sólo como fig.); *puntada*, por punzada, 341; *ramada*, por enramada, 79. Son más especiales a la Argentina: *arrancada*, acto de arrancar el caballo, 45, 143; *cruzadas* de frontera, 171; *disparadas*, por fugas, 40; *dragonada*, conjunto de dragones, 304; *patriada*, por guerra patriota, 349; *payada*, reunión de payadores, 118; las *lanceadas* de murrangos aburrían, 272; las *indiadas* fieles, con sus pedradas tremebundas, 143; *peonada*, por jornal, andaluz 111; *rastrillada*, por huella, 297, 294; *rayada*, por acción de rayar el caballo, 106; *rendada*, tirón de la rienda, 273; *riñonadas* de cuarzo, 25; *tonada*, por acento, 349; *viarada*, por acceso, 275 (en Acad., *viaraza*, ant.); *violinadas* sobre la tremante cuerda, 329;

carneada, por matanza, 262, 229; *jineteada*, por carrera, 273; *mancarronada*, conjunto de mancarrones, 173, y *señalada*, época en que se señala el ganado, 181; *tabeada*, por partida de taba, 139. *Desfilada*, 267, 220; *deshilada*, 285, recuerdan el francés; les prefiero *desfile*, *fila*, según el caso.

Terminados en EZ: *estrictez*, 134; *exquisitez*, 368; *flacidez*, 101, son voces irreprochables.

En UD: *plitud*, 26, encaja bien en los moldes existentes.

En ERO: *forrajero*, 348; *melero*, 210, por el que recoge miel, son españoles; *pijotero*, por cicatero, 271, es andaluz y americano general (V. mis *Voces and.*); la vía láctea difundía su *lloradero* de manantial, 138, es muy aceptable; *matrero*, 98; *parejero*, 132; *pueblero*, 58; *rayero*, 141, son los cuatro argentinismos.

En OR hallamos: *fantaseador*, 20; *trenzador*, 269, que debieran figurar en el Diccionario; *oslador*, 103; *rastreador*, 295; *tirador*, 186, 271, por cinturón, son argentinos.

En AJE, *gauchaje*, 392, 95, 209, por conjunto de gauchos, es formación argentina; *vahaje*, por vaho, 372, es inútil neologismo.

En URA son excelentes voces españolas: enjundia de avestruz para las *desortijaduras*, 231; caballo con *vasadura* negra, 137. Menos plausible es *zampadura* en agua fría, 170.

En AL: *pencal*, 184, es tb. andaluz (V. mis *Voces and.*); *cardonal*, 19, es de excelente formación; *malezal*, 210, por maleza, es inútil.

En IDO son feas formaciones puramente argentinas: *volido*, por vuelo, revuelo, 357, 83, 64; en el cielo seguían precipitando sus *rolidos* los nubarrones, 375.

En ARIO: *procesionario*, por el que va en una procesión, 204, está bien; *torcionario*, 368, es francés; lo he encontrado también en Vargas Vila (*Camino del triunfo*, 106).

En ORIO: *casorio*, por boda, no precisamente hecho sin juicio o sin lucimiento, 232, es andaluz, lo mismo que *jolgorio*, 181, 46, 259, aunque se empeñe el Diccionario en escribir holgorio, avisando empero que se aspira la *h.*; *lavatorio*, por ceremonia de purificación de una viuda, es acepción excelente.

Terminación AZO. Forma aumentativa muy usual en la Argentina: *amigaso*, *buenaso*, etc. En el libro tengo sólo *godazo*, 103; pero hay varias palabras en AZO, indicativas de golpes: *cachetazo*, 304, inútil sinón. de cachete; *cintarazo*, por latigazo, LCO (otro sent. en Acad., sustituido en Arg., por *planazo*); *espolonazo*, 270, por espolada; *lonjazo*, 219, bueno; la llama a *pincelazos* bruscos iluminábales las barbas, 62; no mejor que pincelada; *puazo*, 270, excelente; *sofrenazo*, inútil, por sofrenada, 332; *talonazo*, excelente, 273, 17; *zarpazo*, por salto, 274, sent. dif. de Acad.

Aumentativos en OTE, sólo *sombrerote*, 135, bueno.

Aumentativos en ON: *alón* de sombrero, 115; *cinchón*, 210; *facón*, 236, 172, 349, 16; *galopón*, 234; *pedrón*, 85, 273, 166, 25, 288; *vaquillona*, 112, aumentativo de diminutivo; *zanjón*, 246; *peinetón*, 264.

Terminaciones en ÓN no aumentativas: un *borbotón* de humo, 80; *cardón*, planta, 26, 42; *cepejón*, pescuezo cortado, 361; *cimbrón*, tirón, 358; *chapuzón*, 267; *limpión*, parte limpia o clara de una cosa, claro en un bosque, 356, 80, 211, 296; *mancarrón*, caballo malo, 122, 350; *manotón*, por manotazo, 79; *pelucón*, aristócrata, 252; *raigón*, árbol, 81, 289; *rasgón*, acción de rasgar, 287; *recalmón* de una lucha, 343; *reculón*, retroceso, 273; *redomón*, potro que se está domando, 352; *remesón*, 343, por temblor de tierra; *sacudón*, por sacudida, 204.

Entre los diminutivos hallamos un *berrenchín* de rabia, por berrinche, 237; *camareta*, especie de cohete, 264; *campichuelo*, 357; *caronilla*, pieza del apero, 37; *hormiguillo*, por hormiguelo, 353; *mariquita*, una danza, 77; *palmilla*, por zapatilla, 265; *potrillo*, potro joven, 298; *republiqueta*, 365; *tropilla*, de caballos, 14.

Diminutivos irregulares: *cielito*, 280, cierta canción; *cojinitillo*, pieza del apero, 323, 56, 235; *florecita*, 354; *padrillo*, 173; *pueblito*, 147, 248; *solcito*, 315; *vidalita*, cierta canción, 293, 47; *viejito*, 131; *jardinito*, 182.

Entre las palabras que suelen llamarse galicismos, encuentro *avalancha*, 39; aprobando los *avances* con que la codiciaban, 252; *carillón*, 329; frumenticio olor que difundía promesas de *conforto*, 267; *contragolpe*, 82; *deshabillé*, 97; *desnichá-*

dor de pájaros, 42; *liana*, 75; *mamelón*, de un monte, 383; *miraje*, 186, 101; *napa* de luz, 64; de esplendor, 398; *papillota*, para el pelo, 97; *plafón*, por techo, 50, mejor acepción acaso que la de sofito (Academia); celeste el *polí* que formaba su tocado, 105, ¿bonnet de police?; las botas que tragaban su calzón de *prunela*, 112 ¿por el color?; *rango*, 123; *repliegue*, 391; *rictus* macabro, 167, que bien puede pasar, ya que la Academia acepta macabro; florecer en sólidas *rosáceas* (el francés *rosace*, rosetón), 215; violáceos *satines*, 261, ¿por qué no rasos?; desplegabase fieramente en *sautor* el aspa, 397, que aunque esté en el Diccionario es atroz; los estrictos *senos* de la virgen, 370; el *tupé* de un caballo, 105; *velutina*, 43.

Substantivos anticuados en Acad. son *argentpel*, 148; *bermejor*, 252; *falla*, por falta, 268; *forrajero*, 358; *mansionario*, 331; *remembranza*, 40; *rezaga*, 366; *brial*, 105; *tristura*, 272; *viaraza*, 133, 216, muchos de ellos excelentes.

Substantivos de origen indio propiamente dichos tenemos: no en balde aulló tanto el *aguará*, 169; encontró en esa quebrada una *apacheta*, 235; *caranchos*, aves de rapiña, 218; *carpa*, tienda de campaña, 165, 284; *cebil*, árbol, 65, 391; *cebilar*, sitio poblado de cebiles, 383; *ceibo*, árbol, 336; casta de *coya* traicionero, 44; una espiguilla de *chala*, 232; *chalchal*, árbol, 186; *chalchalero*, ave, 200; *charata*, ave, 259, 379; *charqui*, tasajo, 249; *chasque*, correo, 76, 135; *china*, criada joven, 251; *chiripá*, prenda del gaucho, 357, 12, 179; *chucho*, paludismo, 193; *chuchoca*, maíz recogido pintón y secado así al horno para endulzarlo, 260; *chuña*, ave, 34; el son de los *elkenchos*, con que cornetearon las vidalitas, 293; *galpón*, por cobertizo, 96; *garúa*, llovizna, 194; *gaucho*, por chico, ¿huérfano?, 275; *jacarandá*, árbol, 65; *jaguey*, balsa, charca, peruano en Acad., 34; *lachiguana*, especie de avispa, 226; *lapacho*, árbol, 65; *locro*, guiso de maíz, 46; *llapa*, por suplemento (una llapa de mocedad), en Acad. azogue que en las minas del Perú se agrega al mineral, 124; *llicta* para sazonar la ccca, 280; *macana*, arma, 152, 285; una *manchancha* de reales, 123; *mate*, calabaza, 35, peruano en Acad., ayeaba con los *mayuates* que allá vivían, 216; *mínga*, función, jarana, 198; *mistol*, fruto de un

árbol, 249, 60; *molle*, árbol, 300, 26; *mote*, guiso de maíz, 59; *mucama*, criada, 90; *ñato*, chato, 127; *ojota*, sandalia, 92, 265; *opa*, raza de indios, 213; *pacará*, árbol, cuyo fruto sirve para jabonar, 280; *pacha mama*, antigua divinidad peruana, 187; *palan palan*, planta trepadora, 336; *pangaré*, color de caballo ¿adj.?, 172; *pasacana*, fruta comestible, 43; *pique*, nigua, 167; *piquillín*, arbusto, 315, 36; *pirca*, barrera de piedra, 305; *poroto*, judía, 92; *pulpero*, 46; *quinua*, planta con cuya ceniza se fabrica la llicta, 280; *quirquincho*, armadillo, 226; *quirusiya* (escrito con k), ¿planta que contiene agua?, 187; *socondo*, planta tintórea, 38; *tala*, árbol, 77, 246; *tamal*, 104; *tapera*, 214 (Acad.); *taraca*, ¿madera de un árbol?, 199; *tarco*, planta, 91; *tasi*, planta, 226; *tata*, padre, 275, 188, 45; *tero*, ave, 79; *tipa*, árbol, 226; *tola*, planta tintórea, 38; *tuco*, incesto luminoso, 102; *yacán*, planta, 168; *yareta*, planta, 25 321.

He aquí algunos americanismos, que son muchas veces extensión de sentido de voces españolas: basándose la fe hacia su gallo, no en *aceitadas* de crestas, 268, por unturas de aceite; Juan aguardaba en silencio, esperando las *achuras*, 229, acaso el castellano asaduras, si no es quechua; a gatas, a saltos, en una *agazapada* confluyeron, 66, por acción de agazaparse, agazapamiento; hasta se decía que entre los *agregados* al convento, rodaba tal mocetón coya parecido a él por demás, 331, por arrendatario; carroñas de animales envenenaban las *aguadas*, 166, usado también en Chile, por abrevadero; por los *aguaduchos* inmediatos al jagüey boyaban copos de espuma, 42, figura en Terreros como “conducto de aguas”; largo de ahí con su matraqueo y sus *agüerías*, 158, por agüeros; aprontar al vuelo una *aloja* improvisando con un guardamonte el noque, 230, no parece ser la misma bebida que en Acad.; algunas matas de pasto medraban sobre el *andarivel*, 141, es término de marina, en el Diccionario, y en la Argentina, la barrera de cuerdas o alambres que limita la cancha de carreras (Segovia); con la natural *angurria* de rajar en dos al soldado, 55, por ansia, deseo; los *aprontes* del refñidero fenecían, 269, por preparativos; aunque en idiomas sólo sabía el de los *arreos* formados por silbos, 217, por acto de arrear las bestias; el *arrope* de la chicha funeral, 77; un *ataja-caminos* se levantó casi de sus pies, 100, cierta ave; su

último patrón, hombre de *avería* en otros tiempos, 111, es en Terreros: “de bienes, haberes”; un poco de maíz tostado y de coca, restos del *avío*, formaron su último almuerzo, 235; un *azafate* de vidrio morado de Cochabamba, 267, nos choca por ser en España el azafate una bandeja, pero en Colombia es la aljofaina de madera (Cuervo, § 527), y en Chile, la fuente (Echeverría); sus manos toscas como *balancines* de collera, 198; recogíendose sobre las rodillas el *balandrán* de paño, 112, no cuadra con la definición académica, que lo hace sólo prenda religiosa, pero sí con ejemplos aducidos por el Diccionario de Pagés; afluían de los *bañados* vecinos tufaradas de frescura, 348 (terrenos anegadizos, pantanos); a la espalda una *beca* verde y roja, y cosidas a ella, semillas coloradas por amuleto, 265, no está de acuerdo con Acad., pero sí con Terreros: “vuelta o embozo de la capa”; la gente concurría al *beneficio* de la res, 259, por matanza y descuartizamiento; una víbora se descolgó a lo largo del tronco con la suavidad de una *bordona*, 66; aquel bulto que al atascarse imprimía a su lazo vibraciones de *bordona*, 361, por cuerda gruesa de guitarra; los carneros que amorecían a su *borrega*, 218, por oveja; suspendidas de los *bozales* las medallas por faltar una chapona en que colgarlas, 386, parece ser lo que en Terreros: “adorno de cascabels que se pone en la cabeza de los caballos”; las *breas*, satinados de verde sus troncos glabros, 65, que son árboles; un *cabildante* potosino que regenteaba desde allí sus negocios, 147, parece ser como en Colombia: regidor (Cuervo, § 855); explicaba esas *cábulas* de juego, 280, lo mismo que tretas, también en Colombia (Cuervo, § 947); un remolino de flecos de *calzoncillos*, 74, indica prenda de aspecto diferente de la que actualmente conocemos; las constelaciones blanqueaban en la inmensidad como *canteros* de flores, 236 (tablas pequeñas de un jardín [Segovia]); daba una plaza de *capataz* al tencio por un revés de fantasía, 112; el soldado desaparecía a intervalos en los huecos del *caracol*, 338; por escalera de caracol; *carne gorda* arriba, ese novillo yaguané, 260; la limpieza con que se imprimieron las lumbres de los *cascos*, 294, por herraduras; un callejón de *cercos* entretejidos de enredaderas, 100, por cerca; el picazo con sus orejas peludas, su *cerdeada* cola, 137, por pelada; su melenita (de un niño), tusada en

cerquillo, le cimbraba sobre las cejas, 36, acep., diferente de Acad.; supinado por un *cimbrón* agónico, 179, por estremecimiento, como en Colombia, cimbronazo (Cuervo, 505); alrededor de un *claro* donde acampaba la montonera, 64, por sitio sin árboles en un bosque; los chillones *claveles de lana* se confundían con los vástagos de cilantro y de toronjil, 75; un *cojudo* gordo como pa rajarlo con la uña!, 228, por potro; sus manos toscas como balancines de *collera*, 198; y aunque le sobraban *comedidos*, sola esquilaba sus ovejas, 181, por persona que se come para una cosa; no iban por *conchabo*, 112, o sea ajuste de un criado; en un *contracambio* cercenó al realista la cabeza, 357; no sin *costo* habíanle inducido a aquella misión, 133, por sin trabajo; en *coyundas* se balanceaban suspendidas de los gajos las mayores piezas, 262; en dos *credos* se improvisó la balanza, 268, nosotros, en un credo; una *cueca* arrastraba dos bailarines, 74, cierta danza; al cabo de muchos meses, el gobierno hacía a los hombres una *buena cuenta* que mucho si tocaba a real por soldado, 198, por arreglo de cuentas; el payador alcanzaba la *cuja* donde su patrón dormía, 115, por cama; acordábase de aquel *cuzco* barcino, 239, por perrillo, gozque; la *chamarasca* se comía calzado y traje, 167, por matorrales; echaban el resto ese día en tientos y *chapeados*, 103, o sea adornos de plata para el caballo; ¡pobre del *chapelón* aprisionado en día de viento norte, 21, que está en el Diccionario; suspendidas de los bozales las medallas por faltar una *chapona* en que colgarlas sobre los pechos, 386, por saco corto de hombre (Segovia); *che*, y jinete que no parecía peruano!, 103 (V. mis *Voces andaluzas* acerca de esta interjección americana); detrás fustigaba el *chicote* la segunda centena, 205, mejicanismo por látigo, en Acad.; las libaciones del *chifle* que le ofrecieron cuando llegó, 24; un *chifle* taraceado en colores, 16, por cuerno para llevar de beber; en el lejano *chiquero* las ovejas revolvíanse, 114, acep., diferente de Acad.; la jactancia de aquella heroica *chiripa*, 311, parece ser aquí aventura, hazaña; su *chiripá* de merino negro y su *chapona* negra acusaban lujo, 179; para cerciorarse, tenderían un *churrasco* en el rescoldo, 262, por carne asada; pertrechábanse también con *chuzas*, 16, por chuzo, tb. pp. 342, 59; los

criollos sabían las *dereceras* para lanzar los animales, 213, por maneras; gambeteando asechanzas a deshora y al *desparramo*, 168; por el *del diablo*, para gauchas, 120, dicho de un temple de vihuela; regimentó aquella turba gregal sin espulgarle mucho el *doblez*, 21; el novio le compró un *Don* al mulato bastonero de los fandangos, 123; un *dragoncillo infernal* de diez años, 264, nombre dado a un regimiento de dragones; quería enseñarles a curar con palabras las *embichaduras*, 352 ¿?; el guitarrero se le dormía al *encordado*, 77, por cuerdas del instrumento; ese país cuya amistad le enternecía la *entraña*, 339; encrespóse el *entrevero* bajo el humo y la polvareda, 286, por mezcla, gentío; danzaban muy bien sus gatos y *escondidos*, 74, cierto baile; una bala le voló el *falucho*, 70; luciendo sobre galoneado chupetín un antiguo *falucho* Carlos IV, 54, por sombrero de dos picos; gimoteó su *farfulla* emulsionada en una papilla de eles, 213; dos muchachos ejercitábanse en la *flecha*, 247, por el manejo del arco; por aquí va España, le dije a mi *flete*, 310, por caballo (en Colombia, precio del alquiler de una caballería (Cuervo, § 530); la vibración de su brío la estremecía como a una *flor del agua* la corriente, 105; su cabellera y la *flor del aire* con que se la bien armaba, 102; el capitán, con el pecho como una *fogata* de alcohol, 28 ¿?; aviaban con las cajas de sus fusiles y los bastos de sus monturas un mezquino *fogón*, 90, por fogata; remembró parejeros como luz, que en tiro de una legua se venían sobre el *freno* hasta la raya, 135; en coyundas se balanceaban, suspendidas de los *gajos* las mayores piezas, 262, por garrones; *gallinita ponedora*, poné uno, poné dos, poné tres, 43, juego de chiquillos, que he descrito en mis *Voces andaluzas* en el artículo Jabado: La gallina la jabá, pone huevos a maná, pone uno, pone dos, etc. La relación es universal en los países de lengua española; entre un matorral de *garabatos*, 348, uncs arbustos; en borra dorada los *garabatos*, 65; su alforja rebosando cera, *garapiñas*, huevos duros, 331 ¿?; engañosos prados donde el *garbancillo* envenenaba a las bestias, 166; una planta, en Cádiz, el *Astragalus lusitanicus* (Pérez Lara, Flor. gaditana en *Anales SEHN*, p. 21); danzaban muy bien sus *gatos* y *escondidos*, 74, un baile; pon el (temple) del diablo, para *gauchas*, 120, un to-

que de guitarra; a la aproximación de *godo* los frailes emigraron, 330, por el español; vestían camiseta y *gorra de manga* azules, 349 ¿?; de cicateras, mateaban con *granzas*, 104, ¿residuos que quedan en los cajones de mate?; algunos en caballos míseros, resguardadas las piernas por *guardamontes* de peludo cuero, 12; tendidos al costillar del caballo, tras de sus *guardamontes*, 63 (piezas de cuero unidas al apero, que protegen las piernas del jinete contra los matorrales); la tranquera del *guarda-patio*, 294; tomó de improviso el trote, llegó al límite del *guarda-patio*, 232; cruzaban el *guarda-patio* grietas profundas, 83; le volteó una quijada de un *hachazo* (con un sable), 55, por tajo; *hambrunas*, ojerizas, añoranzas..., 15, por hambre, también de Colombia, Cuervo, § 878, quien dice lo trae Febrés en su Calepino chileno hispano; recordaban las *hierras* con sus calenturadas de combate, 170, lo mismo que *hierre*, herradero, en Chile, Guatemala, Honduras, Venezuela (Echeverría, Batres, Membréño, Picón, Febrés); las pailas hervían en sus *hornallas* de barro, 77, por hornillos; hasta los (huevecillos) del *hornero*, 200. un pájaro, abandonando su presa, *se hizo humo*, 230, por huyó; un *ingenio* que constituía su principal haber, 112, ¿de azúcar?; al meter el cuchillo por los *jamones*, 262, dicho de un buey; la embolsó en su tabaquera, ajustando la *jareta* gravemente, 230; viejo imberbe, de ojillos en *jareta*, 269; dos o tres palos borrachos, parecían *jazmineros* gigantes, 395; los lomos cavados de mataduras no sufrían ni las *jergas*, 168, mantas que se ponen bajo la silla; en el brazo derecho ostentaba una *jineta* y un escudo, 16, por insignia de capitán; los caballos, cubiertos de *ludias* y esparavanes, 170, ¿mataduras?; con una *luz* en los revuelos (se trata de un gallo), 267, por viveza, agilidad; cabrero de su *majada*, 238; por rebaño; *mangas* de mosquito, 149; la *manga* de granizo, 39, aceps. dif. de Acad.; una solterona rica que dormía en *marquesa*, 104. En Terreros leemos: marquesa llaman los militares a la pieza en que duermen en las tiendas de campaña, es una especie de alcoba; sospechábase el cadáver, en una depresión de la *masiega*, 380; enhetrábase la *masiega*, en un amuchiguamiento capilar, 211 ¿? (Masiega es una gramínea, la *Imperata cylindrica*, en Cádiz, según Pérez Lara, Flórola ga-

ditana, en *Anales SEHN*, t. 15); vivaqueábase asando *maslòs* a falta de mazorcas, 249, por marlo o carozo de la mazorca, marlo (no en el Diccionario), es quichua, para el cambio de letras, cf. birma-bizma, en Segóvia, chorno por chozno, en Colombia (Cuervo); iban apareciendo los *matambres* en que se ampollaba espumoso visco, 260, por carne del lomo; un *matungo* como ese tordillo que eligió, 137, por caballo malo; figuraba como sargento de *maturrangos*, 133, ya palparían la realidad los *maturrangos*, 17, voz española, como lo demuestro en mi "Reivindicación de americanismos"; oficiaba a la vez de bruja y de *médica*, 155, vulnerarias mixturas que la *médica* elijaba en secreto, 92, por curandera; gastaba el peso como *medio*, cuando se debía, y de no, cicateaba el *medño* como peso, 123, por moneda de medio peso; bañados por la *melcocha* (de la chicha) ardiente que les arrojaron al rostro, 84, dif. de Acad.; como hojas de *melonar*, 113, por melón; un chasque ganaba *momentos* para solicitar del jefe, 135; sofrenaban sus *montados* en regates y corvetas, 263, por cabalgadura; la *montonera* discutía más lejos, refunfunando, 23; arriba los *montoneros*, respirando aromas, enmudecían, 26, palabras ambas que están en el Diccionario como americanas; frente a la puerta, sentados en sus *monturas*, seis hombres, 36, por sillas, aperos; con cualquier *mostrenco* del parque se lo igualaría, 136, por animal sin valor; y hasta los (temples) de tresillo y por *música*, 120, temple de vihuela; abandonar el convento... ¿Y la *naveta* de su patrón San Francisco?, 330, ¿arca, relicario?; aprontar al vuelo una aloja, improvisando con un guardamonte el *noque*, 231, recipiente de cuero para diferentes usos culinarios; emulaban el día entero entre escancias y *obligos*, 47; cuando le hacía pata ancha a un porrón hasta destriparlo en un par de *obligos*, 331, por acto de beber en contestación a la invitación del que bebe diciendo: tomo y *obligo*; una *ocasión* le caldearon el cuerno para quitarle esa costumbre, 261, por una vez; un golpe de *pala* después para apelmazar los hilos, 37, instrumento del tejedor; el hombre llegaba al *palenque*, pienso y balde en mano, 137, ¿cuadra?; dos o tres *palos borrachos*, con sus acohombrados capullos, 395, acá y allá un *palo borracho* de tronco oval que al parecer tachonaban per-

nos, 65; esas rifas a cuatro reales la vuelta de *pandorga*, 199 ¿?; el *parejero* reculó un tranco, 273, por caballo rápido; un vitor patriótico que lucía recién grabado en su *pata* (de la campana), 339; cuando le hacía *pata ancha* a un porrón para destriparlo en un par de obligos, 331 ¿?; aparecía su media *patita de pichón*, 265, por el color; la *pava*, con su dormilón murmullo, adioseaba separaciones, 93; en los velorios, seguro que desleía sen en las *pavas*, 120, cafetera donde hierve el agua para el mate; tenía un *pegual* de cuero maturrango, 354, especie de sobrecincha; a *peine* también urdía algunas prendas, 38, aparato del tejedor; bajo la *pelotera* rayó el suyo (caballo), 143 ¿?; daba con gusto una vaquillona de *pella* por una copla, 112, por muy gorda; ¿no se divertía ese *pergeño* zarrapastroso en golpearles los pies con suartilugio?, 44, por engendro, arrapiezo; le pago dos reales, velay!... ¿Desde cuándo le matrearía esa *peseta*?, 271, en el Ecuador la peseta vale también dos reales, o mejor dicho el real, media peseta, o sea un décimo de peso (Pequeño Larousse ilustrado, artículo Monedas); la faz del cantor, picada de *peste*, 118, por viruela; abrochar las *piñuelas* de su espolín de hierro, 140; los pies de los hombres, con sus botazas, proporcionáronle un solaz. Acercó a ellos su escopeta y disimuladamente empezó un *pimpín*, 43. En Terreros: *pimpín*, es juego de muchachos parecido a la pizpirigaña; las discusiones si hacía *pinitos*, si perdía las disculpas, 140, lance de la taba; distribuía a cada uno su *plantel* de terneros y su rancho, 22, por manada; la corona de *plata piña*, 199, plata de piña, en Acad.; me han cebado una *polaina*, los tales oficialitos, 121, ¿me han fastidiado?; para floreos y *posturas* bastaban los trastes del primero, 73, término del tocador de guitarra; el instrumento indígena, el charango, con sus ocho pares de *primas*, 73, cuerdas atipladas; de no recobrarse a tiempo, espantaban a sablazos semejante *ralea*, 94, por patulea, gentuza; una carrerita de a cuatro *reales*, para despuntar el vicio, 136, por de mala muerte; los guardamontes, la carona, el *recado* y las riendas, 12; traficaba en esclavos enviándolos al Perú en *recuas* de 400 a 500, p. 153, está de acuerdo con Terreros: "recua se toma tb. por multitud"; con un *refucilo* ochenta sables se desnudaron, 357; traía media *res* de

llama, 300; dos o tres lagartijas corroteaban a la *resolana*, 316. lo mismo en Cuervo, § 518; entre las risas y *retruques*, un adagio filosofó, 227; apartaba su *rodeo*, llegada la hora, a dentelladas y ladridos, 238, se trata de un perro de pastor; un *santiagueño* que se alababa de brujo, 349 (natural de Santiago del Estero); el calzón de prunela sujeto a la nuca para no mortificar la *sotabarba* el *serenero*, 112 (en Terreros: manto chico sin cola o que cubre la cabeza contra el sereno y llega casi hasta la cintura); ¿quién iba a jugar con *tabas* culeras?, 140; aparecieron las *tabaqueras* y minutos después fumaban, 17; completada la ración de vicio, el hombre la embolsó en su *tabaquera*, 230; dieron la riña por *tablas*, 275; exhibían su *tableje* con asidua obsequiosidad —contra la patria, no, nunca—, pero contra los herejes inculcaban, 365 ¿?; el mozo afinó en *templé del diablo* para cantar su glosa, 115; comidos los ganados o en *tendales* por las travesías, 386 (por serie de cosas tendidas); misas suntuosas con *tercia* y mística de violín y bombo, 199 ¿?; de un *tiempo antes* la maternidad engrosó sus labios, 370, por tiempo atrás; echaban el resto ese día en *tientos*, chapeados, 103, por correas; su perro acababa de parar un *tigre*, 271, por cuguar; cabizbajos, cruzadas las manos sobre el *tirador*, escucharon, 62, por cinturón del cuero; dilapidaban su jornal a un *tiro* de *tabas*, 198; la harina de maíz, dispuesta en ácidas *tortillas*, 77; saltó la *tranquera* del guardapatio, 294, americanismos en Acad.; aislóse matreando por las *travesías*, 171, por región extensa y desierta; y hasta los de *tresillo* o por música, difíciles entre todos, 120, temples de vihuela; las *tripas de fraile* alegraban tuberculosos leños con sus auriculares espiras pintadas a la acuarela, 166, plantas enredaderas; *tristes* ingenuos que resucitaban infortunios, 102, como argentino en Acad.; como *tronera* de hornaza las narices, 170, por ventana, tragadero, ventilador; se usa tb. en español; el modo de ladrar anunciaba los *tropeles* que el animal sentía, 79; día más o menos se daba el *tumbacabeza*, 272; *urrucas* de terciopelo celeste y crema, 167; doce a cuatro —doy *usura!*... Caigan los pijotercs, 271, término usado en las apuestas; silbidos melancólicamente prolongados para los *vacunos*, 217, por animales vacunos; que alfombraban *ver-*

dolagas rojizas, 336, ha de ser especie de diferente clase que las que conozco, que son verdes; por quebradas y *vertederos* el gaucho confluía a la estancia, 102, ¿derrumbadero?, ¿barranca?; en bocanadas de calor desahogaba la *vinagrera* del miedo, 237, en Colombia, acedía, Cuervo, § 870; sangrientas *vinzas* estriaban los ojos, 47, por listas, estriás; una *virola* de las acciones, 21; no se veía sino por excepción tal cual *virola* o vasija de plata, 215, por pasadorcito de plata; los matambres en que se ampollaba espumoso *visco*, 260, por viscosidad; uno se dió *vuelta* todavía, 67, por se volvió; silbidos breves para los *yeguaris*, 217, por animales caballares.

MIGUEL DE TORO GIBERT.

(Continuará.)